



Memorias de
libertad: cartas
a Lucas Villa

Ivannsan Zambrano G.¹

¹ Doctor en Humanidades. Profesor de la Universidad de Antioquia, Facultad de Educación. Integrante del Grupo Historia de las Prácticas Pedagógicas Correo: ivannsan.zambrano@udea.edu.co

Se trata de una memoria narrativa y ontológica del pasado. Más allá de las razones políticas, sociales e históricas, me apoyo en aspectos ontológicos que me permiten nombrar y significar esa fuerza profunda que alimentó a quienes arriesgaron su vida—incluyéndome— en aquellos días. En ese camino respondo a la pregunta por la libertad, teniendo como escenario el gran paro del año 2021 y allí a Lucas Villa, estudiante asesinado. De cierta forma, también es un tributo a ese joven y a todos los que han entregado su existencia a la lucha por una vida digna.

Plabras Claves

Narrativa, libertad, estudiante, dignidad, didáctica, ontología, memoria, política.

¿Qué es la libertad?

¿Qué es la libertad Lucas? ¿Acaso un ritmo político y filosófico de danza alegre y sentida en medio del caos y la destrucción? ¿Melodía romántica de resistencia, sueños y luchas? ¿Un instante singular que parece escapar al asfixiante gas de la opresión y la muerte? ¿Una convicción social y política que parece dejar la ilusión siendo realidad? Intento responder a esas preguntas buscando entender las razones de tu lucha, que es la lucha de un país, mi propia lucha. Rebeldía de las mayorías negadas y marginadas en nuestra tierra. Contestar a esas inquietudes es mi finalidad, creyendo con ello que la respuesta alimenta y da sentido a tu eternidad, y en ella la eternidad de todos aquellos que han preferido la muerte; mantenerse en pie a morir arrojados, pues como diría esa insumisa y festiva Rosario Castellanos: «La libertad vale mucho. Pero cuesta mucho más».

Lucas, creo que la libertad es una suma de instantes que reafirman la vida y la estremecen. Un sentimiento, una idea que no se tiene, se siente, se exige y no tanto por convicción, sino por vocación; algo que nos viene de adentro y que como respirar nos demanda. En nuestro caso, una voz hecha de dolor y angustia, miedo y desespero, una que nos llama, mejor, nos grita y reclama. En el paro del año 2021 miles ejercieron la libertad y se soñaron libres. Miles casi que ahogados en el temor de una pandemia, con hambre y frustración, apenas viéndonos sin mirarnos, con la boca doblemente cerrada por un cerrojo con forma de tapabocas y el miedo mismo al contagio acentuado minuto a minuto por los medios de comunicación, en la incertidumbre del mañana y la esperanza de un cambio, marchábamos.

De paso en paso, de grito en grito, consigna tras consigna se reconstruía un diluido y mermado movimiento social que tuvo entre sus inicios destacados la marcha del 21 de noviembre de 2019, especie de hoguera en medio del bosque seco y desolado, destinada a abrirse paso y quemar con la esperanza de ver nacer otro país, cercenada por la aparición del covid-19 a inicios del 2020. A finales de abril de 2021, el 28 para ser exactos, en las trompetas y clarinetes de la incansable transformación se anunciaba un nuevo detenerse: nacía el Gran Paro Nacional, la primera ruptura de protesta social en el siglo XXI en Colombia. En sus primeros días, tal vez un paro desconocedor de su ímpetu y fuerza y del peso que tendría en la historia del país y su devenir cultural, social y político.

En sus primeras manifestaciones mostró su grandeza. No se parecía a esos leves pero intensos estallidos de algunos días o una tarde y por unas horas cerca de las universidades públicas, donde algunos jóvenes capuchos y otros jóvenes, entre papas bomba y gas

lacrimógeno, reclamaban un país mejor, no Lucas. Era algo distinto, nuevo y revelador. Tiempo después se diría que solo parecido al gran paro del 77, sin embargo, absolutamente diferente.

El primero fue de sindicatos, movimientos obreros, comités cívicos y estudiantes, principalmente una suma de voces adultas, hasta cierto punto organizadas e instruidas en la difícil tarea de la protesta social; este fue asumido por una marea de furia, de justa y volátil rabia, cientos de hombres y mujeres anónimos, silenciados y despreciados, embriagados y entusiasmados, artesanos del hambre y la miseria, llenos de vida embravecida; fuerza descomunal convencida de un mañana distinto, en opuesta dirección a la desesperanza de muchos adultos en el país y la tranquilidad de otros más —acostumbrados al baile de horror en que vive Colombia

hace tantas décadas— jóvenes, era sobre todo la juventud. En principio, un paro convocado por El Comité de Paro, una organización conformada por centrales obreras, confederaciones de pensionados, trabajadores de la educación y algunas agrupaciones estudiantiles; sin embargo, tomó un tono de libertad, riesgo y creación, era más el brío de la juventud que las mismas organizaciones lo que alimentaba las marchas.

Multitud de juventudes enardecidas se arrojaron a las calles e invadieron los espacios urbanos en distintas ciudades y municipios del país. Masas sin rostro, pero con voz alzada y desafiante hacia aquellos que ostentaban el poder, contra el presidente Iván Duque y su cúpula ministerial, específicamente el ministro de Hacienda, Alberto Carrasquilla. Juventud rebelde que encaró la historia, pues

En principio, un paro convocado por El Comité de Paro, una organización conformada por centrales obreras, confederaciones de pensionados, trabajadores de la educación y algunas agrupaciones estudiantiles; sin embargo, tomó un tono de libertad, riesgo y creación, era más el brío de la juventud que las mismas organizaciones lo que alimentaba las marchas.

no era solamente Iván Duque o su ministro de Hacienda, eran años y años de injusticia, corrupción, desigualdad y muerte. Para muchos de los que estaban en la calle, años representados en un solo rostro, una bandera; el uribismo y su líder Álvaro Uribe.

En la historia de este país, ese personaje —del que Vallejo diría es la medida del mal, esa que se mide en Uribes— ha dejado una cicatriz imborrable, y no en la piel, sino en los huesos, en la energía vital del ser colombiano. Él es un antes, que fue la acentuación de lo que veníamos siendo, y un después, que aún no termina y que se ha convertido en una forma de pensar, de ver y sentir el mundo por parte de la «gente de bien», caracterizada por el desprecio y la indiferencia hacia los más pobres, la violencia, el engaño y la calumnia como forma de relación con quien no está de acuerdo; a todo esto se oponía ese huracán de gritos y angustias.

Eran jóvenes, hombres y mujeres diversos que sacaron a la calle su rabia e inconformidad, pero también adultos —si por edad vamos a clasificar—, sin embargo, adultos aún jóvenes en sus convicciones, sueños y fuerzas. Todo eso que sin poder ser venía acumulándose y que en sus cuerpos de más edad también se vio convocado. Era una bandera multicolor, una inmensa expresión sin forma en la que todo malestar e ideal tuvo espacio, casi que nuestro *mayo francés*, donde la consigna reafirmada en muchas asambleas populares fue soñar lo imposible; esa utopía que desde siempre ha hecho caminar a los que nunca han sido, pero deben ser. Jóvenes, hombres, mujeres, comunidad LGTBI, en las calles, plazas y espacios abiertos, protestando, siendo una explosión de juegos pirotécnicos en diversas direcciones, fuertemente luminosos y ruidosos, para muchos —según decían— sin un norte claro, solo una tenue luz en la noche oscura y silenciosa que ha sido Colombia.

En la historia de este país, este personaje —del que Vallejo diría es la medida del mal, esa que se mide en Uribes— ha dejado una cicatriz imborrable, y no en la piel, sino en los huesos, en la energía vital del ser colombiano.

A partir de ese día, y en los siguientes, en muchas ciudades del país se sintió una fuerza inusitada en pluralidad de expresiones políticas, vitales y decididas, en las que hubo espacio para todo eso que estaba bajo presión, que necesitaba decirse o mejor aún vomitarse como si se tratase de la reacción de un cuerpo enfermo lim-

piándose a sí mismo. Las personas en las calles desahogándose en un lamento de rabia y frustración, pero también con un sentimiento de fuerza libre y alegre que las encarnó en cuanto decidieron salir. Era el caos, la destrucción, pero a la vez creación expresada en el anuncio de una nueva vida, un nuevo país, tal vez, su primera floración.

Cayeron o fueron destruidos en este huracán de fuerza libre variedad de bienes públicos y privados, peajes, cámaras, semáforos, CAI de policía, servidores bancarios, supermercados como el Éxito, estaciones de Transmilenio... también monumentos opresores que restregaban sin vergüenza ni pudor, y con prepotencia, su dominio histórico sobre los negados. En esta vía, el 28 de abril tumbaron el busto de Belalcázar en Cali. Y se derrumbaron varias estatuas de españoles conquistadores («Concejales piden que la estatua de Belalcázar vuelva para el cumpleaños de Cali», 2021). Hubo bloqueos e innumerables enfrentamientos con el ESMAD y la Policía. Las pérdidas económicas superaban los miles de millones de pesos, y los medios de comunicación oficiales se hacían agua la boca declarándose víctimas de una masa terrorista y enfermiza que, sin motivo alguno, o con apenas vagas quejas, atentaba contra el país, perjudicando, según ellos, sobre todo a las mayorías, los más pobres, esos que paradójicamente nunca han tenido nada y ya no tenían nada que perder, y que como algunos decían: perdieron hasta el miedo.

Gran parte de los principales medios de comunicación, por supuesto integrantes del monopolio mediático que impera en Colombia desde hace tantas décadas, dijeron que el paro era responsable del aumento de contagios de covid-19 («Las principales ciudades del país se alistan para más contagios de covid por protestas», 2021), y que debido a los bloqueos había desabastecimiento y escasez de alimentos («Gremios llaman a frenar violencia para acelerar la reactivación», 2021). Se responsabilizó a los marchantes del hambre y encarecimiento de la canasta familiar, y, por supuesto, de los contagios, y se difundió la idea de que las marchas y aglomeraciones eran focos de infección, pero cierto o no, poco importaba, las personas no tenían miedo a la muerte, y sostenían que si no los mataba el covid los iba a matar el hambre, así las cosas, no había mucho de dónde escoger.

A tanto solo seis días de haber iniciado el paro, en la represiva y brutal respuesta del Gobierno, se contaba con 24 vidas perdidas, entre ellas la tuya, acaecida ese fatídico 5 de mayo en las primeras horas de la noche. En tan solo tres semanas posteriores a ese 28 de abril, entre los gritos más pronunciados a nivel nacional y gradualmente internacional se escuchaba «Nos están matando», y es que la muerte

se convirtió en el *modus operandi* de la represión a la marcha.

Como se registró en esos días, según lo documenta el profesor Medina Gallego (2021), al 15 de junio del 2021, cumpliéndose 49 días de paro, las estadísticas oficiales del Ministerio de Defensa muestran la dimensión de la protesta, para ese momento se registraron 13 544 actividades de Paro en 864 municipios, en 32 departamentos y en la capital de la República, la ciudad de Bogotá. 6977 fueron concentraciones de población en plazas y avenidas, 2412 marchas de manifestantes, 3450 bloqueos, 670 movilizaciones y se realizaron 35 asambleas comunitarias y populares que arrojaron importantes manifiestos y ajustaron agendas y pliegos regionales. Del total de manifestaciones el Ministerio de Defensa señala que 12 005 fueron de carácter pacífico y que solo algo menos del 10 % (1339) presentaron disturbios en los que apareció el ESMAD.

Esto da una idea de la magnitud del Paro y de su carácter nacional; de esas actividades, el reporte de muertos, heridos y capturados se distancia sustancialmente de reportes de las ONG y los organismos de derechos humanos. Mientras el Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz (INDEPAZ) documenta 70 muertes durante el paro con fecha, día hora y lugar, para el Ministerio de Defensa solo se produjeron 51 muertes de las cuales solo reconoce 31 en el marco de las protestas y 20 por fuera de ellas. Se tienen unas estadísticas de 1113 heridos civiles y 1364 uniformados lesionados, dentro de los cuales se encuentran 60 mujeres, en hechos de protesta que se dieron principalmente en ciudades como Bogotá, Cali, Neiva, Medellín, Bucaramanga, Pasto, Popayán, Pereira, Tuluá, Cartago, Yumbo y otros municipios del Valle del Cauca. El número de detenciones fue de 1508 en flagrancia, menores de edad o personas con órdenes de captura. La población «desaparecida» reportada por la Fiscalía fue de 422 personas, de las cuales se señala que 322 fueron ubicadas, con 91 se activó la búsqueda urgente y 3 denuncias por presunta desaparición forzada. A un mes de las movilizaciones, según un diario de economía nacional, el país perdió 10.8 billones de pesos («Economía ha perdido \$10.8 billones en un mes de paro», 2021).

Pero ¿cuánto vale una vida, Lucas? ¿Cuánto valen los millones de vidas no vividas y apenas usadas en pro del confort y el sostenimiento de unas cuantas? ¿Para qué vivir cuando apenas se puede sobrevivir en un país donde las mayorías nunca han tenido la oportunidad de ser dignas? ¿En qué consistía aquel desbocado y estruendoso tornado de expresiones sociales en las calles?

Era verdad, se trataba inicialmente de una fuerza ciega y desenfrenada, sin espacialidad definida ni objetivo claro, cuya mejor definición la escuché de un integrante de aquellos jóvenes que se reco-

nocían como primera línea: «peleamos con las vísceras». Eran vidas desnudas y desgastadas, como llevadas a decidir entre vivir con nada —como si vivir fuera tan solo sobrevivir— o morir, y, como por fuerza natural, vidas enardecidas, viscerales y embriagadas de dolor, gritando y exigiendo dignidad. A los pocos días, Duque declinó la propuesta de reforma y solicitó la carta de renuncia a Carrasquilla; luego cayó la reforma a la salud. De alguna manera, el Paro conseguía sus primeros resultados; dos propuestas de reforma y la cabeza de un ministro. Pero esto no fue suficiente. En las calles se respiraba fuerza, se gestaba creación y se sentía unidad, ya el precio de la marcha no eran reformas caídas o ministros despedidos, sino el cambio; «somos las ganas de cambiarlo todo», se leía en los carteles.

¿Cuál fue el origen de todo esto? ¿Masivas marchas, bloqueos, expresiones artísticas y culturales en todo el país? ¿Innumerables muestras de lucha y decenas de heridos y muertos, muchos asesinados? ¿Por qué? Unos dijeron que era el hambre, otros el encierro de la pandemia, unos más la injusticia y la burla de un gobierno déspota respecto a los más necesitados. Otros, sabedores de historia, sumaron a las razones del paro los 200 y más años de marginalidad y muerte de las grandes mayorías del país, y como la gota que llena el vaso, una propuesta de reforma tributaria agresiva e injusta. Todos coincidíamos en que era todo lo anterior, pero hoy, después de unos meses, creo que era algo más, Lucas, algo más profundo y vital, algo de lo que estamos hechos, de lo que se alimenta el poderoso rugido de la existencia, algo que, si bien está en todos, solo se expresa auténticamente en aquellos corajudos que deciden vivir la vida en el reclamo y la construcción de una existencia digna y libre, muchas veces llenos de sabiduría, pero la mayoría de rabia y frustración. Algo sin lo cual la vida no se renueva, no es vida, es engaño y esclavitud, absoluto desgaste... ¿sabes qué? libertad, verdadera libertad. Y, sin embargo, Lucas, ella es una conquista, hay que pagarla, y el precio ha sido y será la resistencia, y por eso desde siempre hemos resistido, este ha sido nuestro rostro: resistencia.

Al final, todo fue una gran tormenta de tristezas y alegrías, llena de historias, momentos y acciones únicas y de elevadísimo coraje, que se enarbolaron bajo ese nombre: resistencia. Es un nombre curioso, pues en sí misma la vida es resistencia, por eso con ese nombre no hacían más que recordar que estaban vivos y que merecían vivir.

Sin embargo, ¿qué es la resistencia, Lucas? ¿Tan solo una expresión que a modo de etiqueta nombró el grito de los marchantes? ¿Expresión común y corriente sin más trasfondo que la voz alzada de los jóvenes y la resignificación de espacios como parques y portales de buses en algunas ciudades del país? ¿Un significante sin

peso ontológico, sin carga semántica vital más que aquella referida al momento del paro y a un sufrido e intermitente grito hasta ese momento nunca escuchado?

Resistir, amigo, es la esencia de la vida, de lo que existe. No es aguantar pasivamente, pues resistir es el efecto inmanente y natural de todo, de lo finito, todo lo que, a precio de ser, resiste, continúa. Y es que todo es resistencia, todo es resistir al duro embate de la finitud, saberse limitado en la existencia y tener que pagarla cumpliendo con un solo objetivo; durar tanto como sea posible, en eso consiste todo el juego, y en el caso humano, la mayoría de las veces sin saber cómo, apenas intuyendo esa fuerza interna que reclama vida, siempre sabedora de muerte.

Spinoza, amigo de la verdad demostrada e insuperable filósofo de la inmanencia, hablaba de *conatus*, somos *conatus*, un perseverar en el ser. Todo lo que ves y lo que no, todo en su particularidad (el viento, la lluvia, el sol, un insecto, un hombre...) pero también en colectividad, como quienes son muchos siendo al final uno, por ejemplo, un paro, un pueblo, una ciudad... es un *conatus*, y no tiene otro destino más que devenir en aumentos y disminuciones, unos que ayudan a durar y otros que acortan la duración, el tiempo de ser.

Resistir es ser *conatus*, Lucas, de otra forma es la inevitable pujanza de la vida por vivir, por ser y existir. La resistencia es una condición vital e inmanente en cada uno de nosotros, en todo lo existente; no se decide, nos compone y nos define. Quienes resisten están vivos y son potencia de vida. En esta idea de *conatus*, potencia y libertad te escribo, Lucas, e intento explicar en la arena de la historia, y bajo una intención arriesgada y extraña, aquella atmósfera emocional en la que tantas voces expresaron su desacuerdo y su reclamo en aquellos días.

Así las cosas, *conatus*, y con eso fuerza en acto, potencia en aumento y disminución constante, es decir, grado de potencia sujeto al devenir de la vida, a los encuentros, por eso unos eran y siempre serán más resistencia que otros, como los fuegos bobos que no alumbran o los fuegos que queman, aquellos de los que hablaba el uruguayo Eduardo Galeano. ¡Y la resistencia se hizo bandera, Lucas! Y renombró nuestro existir, nuestros gritos, nuestras paredes y espacios, el aire y la lucha, el pensamiento y los sueños... en toda nuestra alma.

Pensando en eso te preguntaba, o preguntaba a tu pletórica existencia, tu perseverar, a tus movimientos, tu baile, tu voz, tu saludo a la muerte y tu amable sonrisa de resistencia, tu anarquía democrática, Lucas, ¿qué es la libertad? Amigo, ¿puedo nombrarte así? Pues

Gran parte de los principales medios de comunicación, por supuesto integrantes del monopolio mediático que impera en Colombia desde hace tantas décadas, dijeron que el paro era responsable del aumento de contagios de covid-19 y que debido a los bloqueos había desabastecimiento y escasez de alimentos.

bien dijiste, «toca asumir», como enunciando tu compromiso con la vida. Ese día y los anteriores, cuando bailabas y alentabas la marcha, cuando hablaste de un país mejor. Resistir no es más que la ontología primigenia de lo existente, y en su forma de libertad, como decisión y fuerza en acto, la resistencia se convierte en la máxima expresión de autenticidad y realización de la vida.

Estoy seguro de que no buscabas ser un héroe ni un caudillo, solo reafirmabas la vida en cada respiro, como tantos otros al lado tuyo. Esa respuesta en tu decidida vida, esa que estuvo empoderada y festiva el 5 de mayo frente al revolver que arrancó tu presencia en cuatro pequeños estallidos² de luz mortífera y estruendosa, era libertad, Lucas, era la forma de la libertad. Epicteto, recordando

me siento el más cercano de tus amigos, como quien sabe que solo el otro es amigo cuando se funde en uno mismo, y eso fuiste para mí, por eso en tu muerte yo morí, y muchos morimos para renacer siendo más. ¿Libertad? Siento que tu respondes, creo que lo haces, y en esa respuesta hasta las raíces de nuestro ser más profundo se conmocionan, se revolucionan y engrandecen. En tu respuesta, quien sabe escuchar el palpito del corazón entiende por qué palpita, cuál es el origen de ese extraño y místico movimiento que expresa y alienta la vida.

Tu grito fue *conatus*, gesto de rabia y esperanza, ser expresado y auténtico, eso era libertad, pues la libertad, Lucas, no se tiene, se ejerce, y son libres los que no aceptan la esclavitud y luchan contra ella;

² Algunos medios informan ocho, investigaciones dicen tres, la hermana en una entrevista afirma que fueron cuatro. Me acojo a esta última información. Véase Fajardo (2022).

a Diógenes, decía que el único medio de conservar la libertad es estar siempre dispuesto a morir sin pesar, y tú llevaste estas palabras a su máxima expresión; finalmente, como una fatal premonición, sostuviste: «si toca irse, tocar irse, no hay otra, toca enfrentar eso» («El último audio de Lucas Villa, una fatal premonición», 2021).

La libertad, como te decía, es la forma de un perseverar amigo, una manera de ser que busca vivir, para ser más y no menos, diría Freire —de quien te hablaré más adelante—, no disminución ni marginalidad, existir en condiciones de aumento. Libertad, esa vocación tanática y reveladora que ha animado a millones de oprimidos en la historia de la humanidad, esa fuerza que jala la vida y la embriaga de existencia rebelde y reclamo de condiciones dignas para ser. Era libertad lo que impulsó ese gran paro, esas almas disminuidas y sin embargo envalentonadas al escucharse a sí mismas, al escuchar y sentir ese grito que al decir de Nietzsche venía de sus adentros. Fue la libertad o el continuo nacimiento de ella en todos los desarrapados del mundo.

Referencias

- Concejales piden que la estatua de Belalcázar vuelva para el cumpleaños de Cali (22 de julio de 2021). *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/colombia/cali/concejales-piden-que-la-estatua-de-belalcazar-vuelva-para-el-cumpleanos-de-cali/>.
- Economía ha perdido \$10,8 billones en un mes de paro (27 de mayo de 2021). *Portafolio*. <https://www.portafolio.co/economia/por-manifestaciones-en-colombia-ha-perdido-10-8-billones-en-un-mes-de-paro-552386>.
- El último audio de Lucas Villa, una fatal premonición (11 de mayo de 2021). *Canal1*. https://www.youtube.com/watch?v=4HQ1OB-930f8&ab_channel=Canal1.
- Fajardo, D. (11 de mayo de 2022). La verdad sobre la muerte de Lucas Villa: se destapa su hermana. *Las Dos Orillas*. <https://www.las2orillas.co/la-verdad-sobre-la-muerte-de-lucas-villa-se-des-tapa-su-hermana/>.
- Gremios llaman a frenar violencia para acelerar la reactivación (6 de mayo de 2021). *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/economia/empresas/gremios-llaman-a-frenar-la-violencia-para-impulsar-recuperacion-586413>.
- Las principales ciudades del país se alistan para más contagios de covid por protestas (11 de mayo de 2021). *La República*. <https://www.larepublica.co/economia/las-principales-ciudades->

del-pais-se-alistan-para-mas-contagios-de-covid-por-protes-
tas-3168183.

Medina, C. (2021). ¡¡¡Un paro nacional con muchas enseñanzas!!!
En *Un paro nacional para guardar en la memoria... Ensayos de
democracia descalza desde la calle*. [https://docer.com.ar/doc/
s005eex](https://docer.com.ar/doc/s005eex).